

Panero, Leopoldo María (2012). *Poesía completa (2000-2010)* (ed. Túa Blesa). Madrid: Visor, pp. 622

Alessandro Mistrorigo (Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Después de *Poesía completa (1970-2000)* (Madrid, Visor, 2001), el año pasado Leopoldo María Panero ha vuelto a publicar con la misma editorial otro libro de poesía bajo el título de *Poesía completa (2000-2010)*, donde reúne toda su producción poética de los últimos diez años. Se trata de un libro análogo al anterior, bien desde el punto de vista del diseño, bien por el tamaño: las dos recopilaciones tienen dimensiones muy parecidas. De hecho, si ponemos un libro al lado del otro, se nota en seguida que son prácticamente iguales – la primera *Poesía completa* tiene 587 páginas, mientras que la segunda tiene 622. Este dato, que parece trivial, no lo es tanto si se piensa en la disparidad de proporción que hay entre los dos libros en términos de contenido: es decir que, en los últimos diez años, Leopoldo María Panero ha incrementado su ritmo de escritura de dos tercios. Lo nota el mismo Túa Blesa, especialista de la vida y la obra de este autor y también editor del libro, que en el *incipit* de la introducción escribe: «El ritmo de escritura de Panero, que puede o debe verse como una compulsión o como un efecto de “el ritual del neurótico obsesivo”, según expresión que se lee en varias ocasiones en su obra, es poco usual y hay que decir que todos sus escritos encuentran acogida por parte de editoriales, si es que no han sido propiciadas por sus responsables, y de lectores. Y no son pocas las publicaciones de materiales poéticos nuevos en estos años: nada menos que veinticuatro títulos.» (*La destrucción fue mi Beatriz*, pp. 8-9). El hecho de que, en solamente diez años, Leopoldo María Panero haya escrito tanto como casi todo lo que escribió hasta el año 2000 es sin duda llamativo. También hay que considerar el interés mediático que suscita el poeta y la habilidad de los editores y amigos que lo rodean para que tenga *de facto* cierta facilidad a la hora de dar a conocer prácticamente todos sus escritos.

Hecha esta premisa, se puede compartir la postura del propio Túa Blesa que, remontándose a su estudio *Leopoldo María Panero, el último poeta* (Madrid, Valdemar, 1995), sostiene que, en la abundante producción de estos últimos años, el autor pasa de «una posición de ultimidad, de final del mundo, de apocalipsis» (p. 12) al «momento que es ya el que sucede al último, a uno en el que el fin del mundo ya ha acontecido» (p. 13), hasta el punto de que «la poesía de Panero sería en conjunto ya no la *última*

palabra, sino con mayor propiedad la palabra *póstuma*» (p. 13). En este sentido, habría que leerse el ritmo compulsivo de la escritura paneriana bajo la lente de la muerte del sujeto, «algo ya dicho reiteradamente en la escritura de Panero» (p. 13). Aún más, «Si *yo* está muerto, ya sin identidad alguna, su palabra, que obstinadamente continúa, habrá de ser la palabra de alguien, un alguien que tiene que ser necesariamente otro, otro distinto de *yo*» (p. 16-17). Y, sin embargo, como el mismo Túa Blesa reconoce enseñada, en la poesía última de Leopoldo María Panero hay una fuerte afirmación de identidad; en ella encuentra lugar la experiencia «de la vida como tormento» (p. 18) de un sujeto cuya voz en el fondo no puede que ser *lirica* en un sentido tradicional y donde el lector «A cada paso se tropieza con pasajes que identifican la escritura, el texto, con el vacío de la nada» (pp. 18-19).

La praxis de escritura de este poeta extraordinariamente prolífico se expresa precisamente a partir de esta «nada»; palabra fundamental para entender su horizonte poético. Es en la articulación vacía del texto donde se manifiesta su lógica poética, que tal vez se podría definir como un *impasse*. La práctica poética de Leopoldo María Panero está ante un callejón sin salida, ante la paradoja de lo que es para él el lenguaje poético – por definición ‘creador’ y, al mismo tiempo, muerto, frío. En *Golem*, libro contenido en *Poesía completa (2000-2010)*, la reciprocidad de las palabras judías *emet* «verdad» y *met* «muerte» es sintomática de esta perspectiva. Leopoldo María Panero ha considerado siempre la escritura como representación inerte y el poema sólo una copia de la vida; la conciencia de tal vacuidad es una característica fundamental de toda la poesía del autor y tal vez también sea el fundamento para que, más allá de especulaciones que no tienen nada que ver con lo literario, él siga escribiendo de forma tan compulsiva. Precisamente por no poder apartar la mirada del vacío, del abismo que *se hace* en el mismo proceso de la escritura poética. Lo que está en juego en este caso es el propio acto de escribir y su (sin)sentido. Un deseo siempre frustrado y por eso compulsivo: porque sólo puede aplacarse de forma momentánea con el trabajo de la mano. A pesar y a partir de esta lúcida conciencia de la impotencia y la esterilidad del lenguaje poético, Leopoldo María Panero sigue escribiendo sin cesar, llevando a cabo la tarea que considera inútil. Poesía y existencia, creación y nada; escritura como absurdo e infinito proceso de invención y destrucción. Desde hace años la escritura de Leopoldo María Panero refleja esta lucha sin presentar sustanciales novedades ni a nivel léxico-simbólico, ni a nivel del ritmo. El poeta sigue al borde del abismo, como sugería Benito Fernández en su biografía (*El contorno del abismo*, Barcelona: Tusquets, 1999), en una agonía literaria que le lleva continuamente a la destrucción, *en contra de y a través de* la palabra poética.

El intento del último Panero sigue siendo el mismo que ya se había vislumbrado en la antología de los *Novísimos*: desenmascarar la paradoja del

lenguaje poético para que finalmente se muestra lo insensato de la existencia, que el autor encarna según una condición que, retomando a Giorgio Agamben, podríamos definir la del «poeta *sacer*» (*Profanazioni*, Roma, Nottetempo, 2005). Leopoldo María Panero es un *paria* cuya vida no vale nada y, al mismo tiempo, un verdadero *ministrum* de la liturgia de la poesía contemporánea. A tal propósito, podría resultar explicativa «la presencia del autor en internet» (p. 10), donde aparece leyendo sus propios poemas. Leopoldo María Panero lee siempre de una forma monótona, apática, sin apego alguno a su propia escritura. El tono de la voz no varía, con respecto al texto publicado no marca los encabalgamientos, no enfatiza las pausas, a veces ni respeta las comas que sin embargo están impresas en la página. Todos estos aspectos de la *performatividad* de Panero leyendo sus propios poemas reflejan no sólo el estado clínico en el que se encuentra la persona, sino también una huella de lo que llamamos *impasse* y que estaría por debajo de su escritura compulsiva obsesiva. Los poemas sólo son copias, son cadáveres y la voz – menos aún la del poeta que los ha escrito – no puede volverlos a vivificar: el ejercicio de leerlos en voz alta para un público o para una grabación es la mera exposición de un cuerpo sin vida. Además, el poeta, a pesar de tener su propia identidad (su experiencia en el mundo), sólo es un instrumento del *misterium* de la poesía, de la creación poética: como tal, la «liturgia» en el sentido de Agamben sólo se manifiesta en la «mano escribiendo». Único alivio es la práctica de la escritura entendida como *performance*, como continua producción de un hacer que encuentra acogida en la página-mortaja. El ejercicio compulsivo de la escritura abraza definitivamente al poeta que ya se ha vuelto un instrumento de ésta y vive en su función. Bajo esta luz, entonces, la abundante y dispersa obra recopilada en el libro editado con orden y eficacia por Túa Blesa es entonces un índice importante para interpretar cómo, también en estos últimos años, Leopoldo María Panero se relaciona con la escritura poética – la práctica de la creación. Más allá de esto, queda claro una vez más que el verdadero alcance de su poesía se podrá entender mejor cuando ya este autor no será visto sólo como espectáculo o escándalo. O una oportunidad de fáciles ventas en tiempo de crisis.

